

LAS ISLAS ATLÁNTICAS EN EL *LIBER DE MENSURA ORBIS TERRAE* DEL MONJE GEÓGRAFO IRLANDÉS DICUIL DEL SIGLO IX¹

POR

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ MARRERO

RESUMEN

Los primeros siglos medievales evidencian unas carencias en los sistemas de navegación que se mantendrán hasta que en Europa se conozca la brújula aproximadamente en el siglo XIII. En este contexto altomedieval debemos encuadrar el *Liber de mensura orbis terrae* de Dicuil, una obra que pretende ofrecer una imagen completa de la magnitud terrestre en un momento en que la navegación se desarrolla de forma exclusiva a través de itinerarios costeros. La referencia que el autor hace de las islas atlánticas como *in aliquibus ipsarum habitauit, alias intrauit, alias tantum uidi, alias legi* muestra un conocimiento de ellas debido no sólo a años de residir en la zona, sino al estudio que realizó de las fuentes de que disponía.

Palabras clave: Navegación. Alta Edad Media. Dicuil. Islas Atlánticas.

ABSTRACT

The early medieval centuries reveal some shortcomings in navigation systems that will remain in Europe until the compass is known in the 13th century. We must place in this context of the High Middle Ages the *Liber de mensura orbis terrae* of Dicuil, a work that aims to provide a complete picture of Earth's magnitude at a time when navigation was developed exclusively through coastal routes. The reference which the author makes about the Atlantic islands as *in aliquibus ipsarum habitauit, alias intrauit, alias tantum uidi, alias legi* shows a knowledge not only by years of residence in the area, but also by the study conducted from the sources at his disposal.

Key words: Navigation. Early Medieval Ages. Dicuil. Atlantic Islands.

¹ Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación HUM2006-00560 del Ministerio de Educación y Ciencia.

1. LA NAVEGACIÓN ALTOMEDIEVAL

El mar de los primeros siglos medievales es un mar oscuro y tenebroso que suscita recelo al navegante, de ahí que las travesías tengan como destino los lugares más cercanos, pero incluso aquellos hombres que afrontan nuevas peripecias a mar abierto lo hacen siguiendo el sistema heredado del Mundo Antiguo: la costa como punto de referencia y lugar seguro en el que buscar refugio en caso de peligro y manteniendo el rumbo gracias a la suelta de pájaros que se llevaban a bordo² o a las estrellas como guía³.

La raíz de tan terribles peligros que acechaban a los navegantes que se dirigían al Atlántico debe tener su origen en las leyendas heredadas de la Antigüedad, como por ejemplo, la de Himilcón⁴ quien se adentró en el mar del norte en busca de las famosas islas del estaño, las Casitérides⁵, y de noticias como las suyas procede la idea de *Mare Tenebrosum* en la Edad Media⁶.

² Esta costumbre, habitual desde el siglo I, se conservó hasta el siglo XVI, como recoge MOLINA (2000), pp. 113-122. Un estudio general sobre este tema, aunque profundizando en el apartado de la navegación árabe medieval, puede verse en la recopilación de artículos del profesor VERNET (1979), pp. 383-448.

³ Así lo deja ver el propio autor objeto de este trabajo, Dicuil, cuando señala: «Nulla in nauigando siderum obseruatio», *Liber de mensura*, IX, 29 y en este mismo sentido, Isidoro de Sevilla manifiesta que la posición de las estrellas dirige el rumbo de los navegantes, quienes, de lo contrario, si no se fijan en ellas, se verán arrastrados por las olas y los vientos en otra dirección. ISID. orig. 3, 71, 4: «Sidera dicta, quod ea nauigantes considerando dirigunt ad cursum consilium, in fallacibus undis aut uentis alibi deducantur. Quaedam autem stellae idcirco signa dicuntur, quia ea nautae obseruant in gubernandis remigiis, contemplantes aciem fulgoremque eorum, quibus rebus status caeli futurus ostenditur». Los textos latinos de la obra de Dicuil tomados para este estudio proceden de la edición de TIERNEY (1967).

⁴ Del fantástico relato desalentador del periplo que realizó Himilcón hacia el Atlántico Norte no se conserva nada, salvo las referencias que hace Plinio. Vid. PLIN. nat. 2, 68: «Et Hanno Carthaginis potentia florente circumuectus a Gadibus ad finem Arabiae nauigationem eam prodidit scripto, sicut ad exera Europae noscenda missus eodem tempore Himilco»; y AVIEN. ora 370-408.

⁵ Vid. MILLÁN (2000), pp. 859-867.

⁶ Vid. ANTELO (1993), pp. 573-586.

Pero al mismo tiempo que existe miedo, el Mundo Clásico transmitió un concepto de mar contradictorio, como resulta de las palabras de Isidoro de Sevilla, puesto que es una masa de agua que rodea las tierras, cuyas mareas le permiten acercarse y retroceder de las costas y su superficie es toda idéntica⁷, y, a la vez, es tan grande que todo él y lo que está más allá es del todo infranqueable debido a su anchura⁸. En definitiva, el océano es un espacio para soñar que está definido desde antiguo como aquello que aleja al hombre del conjunto y por ese motivo nadie debe dirigirse a él. Es por eso que durante cientos de años los tres cabos célticos, Land's End en Cornualles, las puntas bretonas del Finisterre francés y el cabo Finisterre de Galicia en España, muestran el final de las tierras occidentales⁹.

Tras la invasión árabe de España, empiezan a circular por Occidente los conocimientos árabes de un pueblo que se encuentra precisamente a comienzos de un apogeo que se extenderá hasta el siglo xv. Esta fase inicial, si bien se encuentra bastante alejada de la época que se vivirá a partir del año 1200, empieza a impulsar la ciencia astronómica aplicada a la navegación¹⁰. No obstante, los primeros tiempos de la Edad Media no disponen de los fundamentos teóricos para la navegación astronómica y, dadas estas carencias, es necesario detallar, si quiera de forma breve, las diferencias que se viven entre el año 800 y el 1200: utilizamos esta fecha porque de ella datan aproximadamente los primeros textos latinos que aluden a la brújula. Nos referimos al *De naturis rerum*, una obra de contenido mis-

⁷ ISID. orig. 13, 15, 1: «Iste est qui oras terrarum amplectitur, alternisque aestibus accedit atque recedit...» y 14, 2: «Aequor autem uocatum quia aequaliter sursum est».

⁸ ISID. nat. 40, 3: «Oceanus magnitudo incomparabilis, et intransmeabilis latitudo perhibetur. Quod etiam Clemens discipulus apostolorum uisus est indicare, cum dicit: Oceanus intransmeabilis est, et hi qui ultra eum sunt mundi».

⁹ Vid. MOLLAT - LE GOFF (1993).

¹⁰ El mundo islámico introduce en el Occidente europeo el sistema de dirección del barco gracias a un método muy parecido al que usaban los chinos. La técnica era sencilla, pues consistía en poner un timón en la proa de sus barcos que se manejaba con una barra sobre la que se ejercía un movimiento hacia babor o estribor. Vid. GIRÓN (1994), pp. 54-56.

celáneo científico escrita por Alexander Neckam (1157-1217)¹¹, en la que dispone la brújula como aguja insertada fija a un flotador, situada en un recipiente de agua. En términos marineros, la *buxula* responde también al nombre de compás y se le da un origen chino¹².

En otra obra, *De utensilibus*, Neckam refiere el uso de la brújula como elemento necesario en un buen barco. La característica más importante que da es que la aguja girará y señalará el norte, de manera que el navegante nunca se pierde¹³.

En este siglo XIII ya parecía claro cuál debía ser el uso de la brújula, pues inmediatamente después de Neckam, el dominico Vincent de Beauvais (c. 1190-c.1264/7) especifica que ésta ha de utilizarse en la navegación¹⁴.

De esta misma época es también el único tratado que estudia de manera científica el magnetismo, la *Epistola de magnete*, escrita por Petrus Peregrinus en 1269¹⁵. En ella explica qué ocu-

¹¹ ALEXANDER NECKAM, *De natura rerum*, 2, 98: «Nautae etiam mare legentes, cum beneficium claritatis Solis, in tempore nubilo, non sentiunt, aut etiam cum caligine noctuarum tenebrarum mundus obuoluitur, et ignorant in quem mundi cardinem prora tendat, acum super magnetem ponunt, quae circulariter circumuoluitur usque dum, eius motum cessante, cuspis ipsius septentrionalis plagam respiciat». Este texto fue editado por WRIGHT (1863).

¹² En relación a su origen chino, véase el capítulo de NEEDHAM (1978), pp. 105-116; HÉBERT (2004), p. 19; y RICKER (2005), <http://www.wbabin.net/science/ricker4.pdf>.

¹³ El texto latino del *De utensilibus* de A. Neckam fue editado por WRIGHT (1857), p. 114: «Qui ergo munitam uult habere nauem habet etiam acum iaculo suppositam. Rotabitur enim et circumuoluetur acus, donec cuspis acus respiciat orientem sicque comprehendunt quo tendere debeant nautae cum Cynosura latet in aeris turbatione; quamuis ad occasum numquam tendat, propter circuli breuitatem».

¹⁴ VINCENT DE BEAUVAIS, *Speculum maius*, Vol. I, 8, 140: «Cum enim uias suas ad portum dirigere nesciunt, accipiunt acum, et acumine eius ad adamantem lapide fricato per transuersum in festura parua figunt et uasi pleno aqua immittunt. Tunc adamantem uasi circumducunt et mox, secundum motum eius, sequitur in circuitu, cacumen acus: rotatum ergo perinde citius, lapidem subito retrahunt; moxque cacumen acus, auulso ductore, contra stellam aciem dirigit, statimque subsistit, nec per puncto mouetur; et nautae secundum demonstrationem factam, ad portum uias dirigunt».

¹⁵ Pierre de Maricourt (fl. 1261-1269) debió estudiar en la Universidad de París y permaneció enrolado con los cruzados franceses que atacaron Luce-

re cuando se enfrentan dos imanes, cuando un imán se rompe y describe la atracción simple magnética¹⁶.

La aplicación de la brújula y del astrolabio supone el avance más notable en el desarrollo de la navegación medieval, pues permitió realizar viajes más seguros en el océano, hasta entonces inaccesible. Frente a esto, en la Alta Edad Media el escaso impulso de la ciencia astronómica limitó los sistemas de navegación. Pero pese a que se necesitaban todavía nuevos cálculos y nuevos instrumentos que posibilitaran al navegante conocer y determinar su posición exacta y fijar su longitud y latitud en el mar, como acabamos de ver, este mar oscuro es también sinónimo de aventura y a él se dirigieron los monjes irlandeses en su deseo por difundir el cristianismo. Esto suponía, en cierto modo y en una parte de Europa, una pérdida del miedo que infundía el mar¹⁷.

2. ENTORNO DEL AUTOR Y LA OBRA

Con los condicionantes que ofrece la navegación de estos siglos, a los que hemos hecho referencia en líneas precedentes, hemos de situar la figura de un monje navegante, Dicuil¹⁸. Bá-

ra, al sur de Italia, mientras escribía su *Epistola*. Fue un hombre que participó plenamente con sus escritos en el Renacimiento de los siglos XII y XIII, pues también escribió un tratado sobre el Astrolabio, *Noua compositio astrolabii*, y trabajó en la posibilidad de construir el *perpetuum mobile*. Vid. BERTELLI (1868a), pp. 1-32; y, sobre todo, BERTELLI (1868b), pp. 65-139 y 319-420.

¹⁶ La brújula se convierte a finales del siglo XIII en brújula con eje y la declinación magnética se conocerá a principios del siglo XV. Vid. LINAGE - GONZÁLEZ BUENO (1992), p. 23.

¹⁷ El océano de la Alta Edad Media está henchido de leyendas de monjes que se arriesgan en una larga navegación con una embarcación primitiva en busca de un mundo nuevo. La más famosa de ellas tuvo como protagonista a san Brandán, un monje irlandés del siglo VI, que partió en busca de la *Terra repromissionis sanctorum*. El texto de su navegación, la *nauigatio sancti Brendani*, fue uno de los textos más difundidos a lo largo del Medioevo. Vid. OORLANDI (1968); GONZÁLEZ MARRERO (1995); y GONZÁLEZ MARRERO - LILLO (2004).

¹⁸ La bibliografía referida a este autor es escasa y muy antigua. Véase, por ejemplo, HEALY (1889), pp. 203-213; ESPOSITO (1905), pp. 327-337; ESPOSITO (1914), pp. 651-676.

sicamente, Dicuil realizó viajes cortos y cercanos a Irlanda e Inglaterra que tenían como destino las islas del norte y en ellas debió residir algún tiempo, si hacemos caso a los datos con los que él mismo puntualiza¹⁹:

«In aliquibus ipsarum habitauī, alias intraui, alias tantum uidi, alias legi»²⁰.

Perteneció nuestro autor al gran número de monjes emigrantes conocidos como *scotti peregrini*²¹ que, procedentes de las Islas Británicas, se incorporaron desde finales del siglo VI a la cultura continental²² y, de manera más relevante, en el siglo IX a la corte de Carlomagno²³ y a los centros de aprendizaje creados por éste²⁴. Por otro lado, Dicuil figura entre los monjes que impartieron sus enseñanzas en la escuela palatina en la que se comenzó la recuperación de la ortografía latina en la Edad Media. Cuando esto ocurre, a principios del siglo IX, el monje

¹⁹ En torno a los santos viajeros irlandeses, véase LAWRENCE (1999); y GONZÁLEZ MARRERO (1999), pp. 571-578.

²⁰ DICUIL, Liber de mensura, VII, 6.

²¹ MURPHY (1928), pp. 39-50 y 229-244.

²² Numerosas son las fundaciones que los monjes irlandeses realizaron desde el sur de Irlanda pasando por Gales hasta llegar al continente. En esos desplazamientos fundaron centros como Lindisfarne, Luxeuil, Bobbio, etc.

²³ Entre los primeros que llegaron a la corte carolingia son muy conocidos Paulo Diácono, Pedro de Pisa, Paulino de Aquilea, pero sobre todo Alcuino de York, el más influyente de todos los sabios de su generación.

²⁴ Sirva como ejemplo el interés de Carlomagno no sólo ante las artes liberales, sino ante otras disciplinas, pues, tal como indica su biógrafo, Eginardo, durante su gestión dedicó mucho esfuerzo al aprendizaje de la retórica, la dialéctica y, sobre todo, la astronomía, destinando tiempo al cómputo y a estudiar con atención y perspicacia el curso de las estrellas, elementos éstos tan necesarios para la navegación medieval. Vid. Eginardo, *Vita Karoli Magni*, cap. 25: «Artes liberales studiosissime coluit, earumque doctores plurimum ueneratus magnis adficiebat honoribus. In discenda grammatica Petrum Pisanum diaconem senem audiuit, in ceteris disciplinis Albinum cognomento Alcoinum, item diaconem, de Britannia Saxonici generis hominem, uirum undecumque doctissimum, praeceptorem habuit, apud quem et rethoricae et dialecticae, praecipue tamen astronomiae ediscendae plurimum et temporis et laboris inperituit. Discebat artem computandi et intentione sagaci siderum cursum curiosissime rimabatur». Vid. DE RIQUER (1999), p. 91.

lleva consigo las descripciones de las islas atlánticas, de las que hablaremos más adelante. Hemos de considerar ciertas estas fechas y lugares, porque Dicuil indica que en el momento de la siembra de la semilla, de noche, cuando los bueyes han puesto fin a su trabajo, en el año 825 de la era de Cristo concluyó la redacción de su *Liber de mensura orbis terrae*:

«Post octingentos uiginti quinque peractos
Summi annos Domini terrae, ethrae, carceris atri,
Semine triticeo, sub ruris puliere tecto,
Nocte bobus requies largitur fine laboris»²⁵.

La vaguedad del nombre de Dicuil no nos permite relacionarlo con los aspectos de una vida y un personaje concretos. Los datos precisos que conocemos de él son, como ya hemos apuntado, sus viajes a las islas del norte de Islas Británicas y su incorporación a la escuela palatina de Aquisgrán en la segunda generación de sabios y estudiosos procedentes de las islas y el continente. Por lo demás, su nombre es muy común en tierras irlandesas y entre religiosos del lugar, como ya señalara, entre otros, el británico Beda en su *Historia Ecclesiastica*²⁶. Sin embargo, y pese a ello, A. Letronne se atrevió a proponer su identificación con el abad de Innis Muredaich²⁷. Se trata de un tal Dicuil que falleció el año 871, es decir, unos cuarenta y seis años después de la composición del *Liber de mensura*... Se nos antoja muy longevo nuestro autor, si tenemos en cuenta que Dicuil dice que la descripción de Thule le fue relatada por unos monjes unos treinta años antes del que hemos considerado final de la redacción de su obra, esto es, el año 795, pero que podría corresponder al momento en que se encuentra redactando ese párrafo²⁸.

²⁵ DICUIL, *Liber de mensura*, IX, 11.

²⁶ Beda, *Hist. Eccl.*, IV, 13: «Erat autem ibi monachus quidam de natione Scottorum, uocabulo Dicul, habens monasteriolum permodicum in loco, qui uocatur Bosanhamm, siluis et mari circumdatum, et in eo fratres V siue VI, in humili et paupere uita Domino famulantes. Sed prouincialium nullus eorum uel uitam aemulari, uel praedicationem curabat audire».

²⁷ LETRONNE (1814), p. 9.

²⁸ DICUIL, *Liber de mensura*, VII, 11-12. Sobre este pasaje puntualizaremos más adelante.

Esto haría del irlandés un hombre de al menos cincuenta años en el momento de la redacción de su obra. Si a esto le sumamos cuarenta y seis años, parece una edad excesiva —más de noventa años— que no concuerda con las expectativas de vida de la época.

Para concluir con los escasos datos que aclaran su naturaleza y origen, es necesario revisar el lugar de procedencia de este autor, puesto que ha sido motivo de controversia en más de una ocasión. Ello se debe a la sinonimia de las palabras *Scottia* e *Hibernia* en la Edad Media para designar a Irlanda, como puede observarse en varias *Vitae Sanctorum Hiberniae*²⁹ y en el *De mensura orbis terrae*, pues Dicuil se refiere a su patria como *Hibernia: circum nostram Hiberniam*³⁰, pero también como *Scottia: ex nostra Scottia*³¹.

3. EL TEXTO Y SUS FUENTES

Lejos de su Irlanda natal, en el continente, redactó Dicuil las líneas que plasmaban el *Liber de mensura orbis terrae*. Ésta es una obra que podría considerarse como el texto que acompaña a un mapa, pues su contenido y su contexto necesitan de interpretación del mismo modo que el mapa.

Este tratado nunca se transmitió solo a lo largo de la Edad Media, sino junto a otros volúmenes de tipo geográfico, como la *Cosmographia* de Ético o el *Itinerarium Antonini*; topográfico, como el *Septem montes urbis Romae*; y otros de interés anticuario, como la *Notitia dignitatum omnium tam ciuilium quam militarium*³². De este modo, llegó hasta el Renacimiento formando parte de dos colecciones de textos, una más pequeña, de doce textos, que debió elaborarse al menos un cuarto de siglo después de la composición de la obra de Dicuil, y otra mayor, que puede proceder de comienzos del siglo x³³.

²⁹ PLUMMER (1968).

³⁰ DICUIL, *Liber de mensura*, VII, 6.

³¹ DICUIL, *Liber de mensura*, VII, 15.

³² Este texto sólo se conoce gracias a una de las colecciones en las que se encuentra el *Liber de mensura orbis terrae*.

³³ Vid. BIELER (1965), p.1.

La obra de Dicuil se circunscribe en un momento en el que los cartógrafos explotan esta exégesis del mapa dentro de la visión teológica de la Tierra, que tiene sus raíces en la tradición griega y a partir de ahí tiene sus siguientes trazos en la Roma pagana y después cristiana para adentrarse en la Edad Media³⁴. No obstante, el *Liber de mensura* es el texto de un monje navegante que aporta poco a la cosmografía de la época, puesto que es, en gran medida, la compilación de textos anteriores³⁵. Tres cuartas partes de su obra son anotaciones o copias literales de otros autores, entre las cuales podemos citar de manera explícita, porque así las refiere el propio autor irlandés, la *Historia Naturalis* de Plinio; el *Liber Aethimologiarum* de Isidoro de Sevilla; la *Periegesis* de Prisciano; o el *De mirabilibus mundi* de Solino. No fue éste el interés que motivó las primeras ediciones del texto latino, del que se llevaron a cabo tres a lo largo del siglo XIX, a saber: C. A. Walckenaer publicó la primera en París en 1807; A. Letronne la segunda siete años después también en París; y G. Parthey la tercera en Berlín en 1870³⁶. Sin embargo, hubieron de pasar cien años más para ver la única impresión crítica del texto latino que se hizo en el siglo XX del *Liber de mensura*. Ésta, editada en Dublín en 1967, corrió a cargo de J. J. Tierney³⁷, quien ofrece en este trabajo una profundización en las fuentes del autor irlandés mayor que las que aparecen en las anteriores ediciones, llegando a citar la cuarentena de motivos o textos concretos que cita el propio Dicuil.

4. LAS ISLAS ATLÁNTICAS

La Antigüedad clásica manifestó ya en la poesía griega, y posteriormente en la latina, la representación de islas fantásticas, solas o agrupadas, cuyo clima permitía hermosos prados y fuentes y daba a sus habitantes la posibilidad de vivir fe-

³⁴ En este sentido se manifiestan HARLEY - WOODWARD (1987); KISH (1980); KUPCIK (1981); ZUMTHOR (1994).

³⁵ BERMANN (1993), pp. 527-537.

³⁶ Vid. WALCKENAER (1807); LETRONNE (1814); PARTHEY (1870).

³⁷ TIERNEY (1967), pp. 123-124.

lices³⁸. No descubrimos nada nuevo, si decimos que a la Edad Media llegó esta concepción idealizada en la que los poetas habían colocado en Occidente, en el desconocido Atlántico³⁹, las Islas de los Bienaventurados o Fortunatae Insulae. Como ya hemos visto, los mitos y leyendas sobre el Atlántico que la Edad Media heredó del Mundo Antiguo en cierto sentido limitaron las navegaciones por el mar océano.

Dicuil recoge estas fuentes, que enumera Tierney, y en muchos casos las reproduce, pero en otros le servirán de aliciente para adentrarse más allá de lo conocido por el hombre y contar sus propias experiencias. El libro VII del *Liber de mensura* titulado *De aliquibus nominatim insulis* es en el que Dicuil demostró un mayor conocimiento a la hora de explicar sus contenidos y ello porque tuvo una percepción directa de la mayoría de estos lugares. Nos interesa sobremanera este libro y tanto sus fuentes como sus aportaciones personales serán motivo de observación y cotejo en el análisis que en los siguientes puntos nos servirán como referencia para estudiar las islas atlánticas a través del propio texto de Dicuil. A la hora de detallar la parte del tratado que el autor dedica a las islas seguiremos la misma orientación que da el irlandés, esto es, de Sur a Norte. Este orden es precisamente el que va de lo más desconocido a lo conocido:

A. Comienza Dicuil por retratarnos las islas del sur, las Afortunadas, Gorgadas y Hespérides, que se encuentran al oeste de África. Más cercanas a este continente se encuentran las Afortunadas, a continuación las Gorgadas, que se encuentran a dos días de navegación de tierra firme, y por último las Hespérides, en el mar de occidente⁴⁰. Nuestro autor señala como fuente directa suya el libro decimocuarto de las *Etimologías* de Isidoro⁴¹:

³⁸ Se sigue en este sentido la opinión de KAPPLER (1986), pp. 36-37, para quien «la isla es, por naturaleza, un lugar en donde lo maravilloso existe por sí mismo fuera de las leyes naturales y bajo un régimen que les es propio: es el lugar de lo arbitrario».

³⁹ Véase de una forma general BABCOCK (1922).

⁴⁰ Un estudio esclarecedor de la mitología relacionada con las Islas Canarias y su destino en el devenir de los siglos se encuentra en MARTÍNEZ HERNÁNDEZ (2002); y MARTÍNEZ HERNÁNDEZ (2006), pp. 55-78.

⁴¹ ISID. orig. 14, 6, 8-10.

«Fortunatae atque Gorgodes Hesperidesque insulae quod sunt in occidentali pelago Africae multi nuntiant. Longius ab Africa Gorgodes quam Fortunatae ac Hesperides quam Gorgodes, quoniam in eo quod in Cosmographia fluuius Malua sub insula Fortunata nasci fertur, ex hoc prope ad Africam esse perhibetur. Distant autem Gorgodes a continente terra bidui nauigatione, ut in cuarto decimo libro Aethimologiarum Isidorus ait»⁴².

Más adelante, el autor irlandés vuelve a hacer referencia a estas islas y les da nombres que la literatura especializada ha identificado con las actuales Islas Canarias⁴³. Dicuil copia de forma literal el texto del gramático Solino⁴⁴ que éste a su vez había transformado a partir del pasaje de Plinio el viejo. Indudablemente, el texto de Plinio es la referencia de todas las informaciones ulteriores relacionadas con las Islas Afortunadas, porque recaba y compara la información que le viene de Estacio Seboso y Juba⁴⁵. Pese a que conocemos el texto del que Dicuil copió, la edición de Tierney presenta una laguna en el fragmento en que Solino comienza a hablar de las Canarias⁴⁶. Ahí se separa el contenido de la parte referida a estas islas de la otra referida al continente africano.

«...ferulae surgunt ad arboris magnitudinem; earum quae nigrae sunt expressae liquorem reddunt amarissimum, quae candidae, aquas remouunt etiam potui accommodatas. Alteram insulam Iunoniam appellari ferunt pauxillae edis ignobiliter ad culmen fatigatam. Tertia huic proximat eodem nomine, nuda per omnia. Quarto loco Capraria appellatur, enormibus lacertis plus quam referta. Sequitur Niuaria aere neboloso et coacto ac

⁴² DICUIL, Liber de mensura, VII, 5.

⁴³ En este sentido y además de los trabajos referidos con anterioridad, son fundamentales otros estudios del profesor MARTÍNEZ HERNÁNDEZ (1992); y MARTÍNEZ HERNÁNDEZ (1996).

⁴⁴ Solino vivió en el siglo III y su *De mirabilibus mundi* circuló a lo largo de toda la Edad Media como *Collectanea rerum memorabilium*. Es una descripción de cosas que él considera curiosas y entre éstas hay un relato de las Islas Afortunadas que no amplía nada de lo que nos indicara Plinio en relación a estas islas.

⁴⁵ PLIN. nat. 6, 31-32. Plinio el viejo (23-79 d.C.). Para una explicación reciente del viaje de Juba, véase TEJERA GASPAS - CHÁVEZ ÁLVAREZ - MONTESDEOCA (2006), pp. 35-45.

⁴⁶ DICUIL. Liber de mensura, VII, 42.

propterea semper niualis. Deinde Canaria repleta canibus forma eminentissimis, unde etiam duo exhibitum sunt Iubae regi. In ea aedificiorum durant uestigia. Auium magna copia, nemora pomifera, palmeta cariotas ferentia, multa nux pinea, larga mellatio, amnes siluris piscibus abundantes. Perhibent etiam expui in eam undoso mari beluas; deinde cum monstra illa putredine tabefacta sunt, omnia illic infici tetro odore ideoque non penitus ad nuncupationem sui congruere insularum qualitatem».

B. Hasta este punto la información que proporciona Dicuil procede de sus lecturas de documentos y composiciones que le han sido transmitidas desde el Mundo Clásico, puesto que señala que no ha leído que existan otras islas al oeste y al norte de Hispania. Quedan, por tanto, fuera de su preparación a la hora de redactar el *Liber de mensura* Madeira y el archipiélago de las Islas Azores, conocidas ya por navíos cartagineses⁴⁷. Esto permite confirmar que sus viajes tuvieron origen en las Islas Británicas y destino en las islas del norte⁴⁸:

«In occidentali uel septentrionali mari Hispaniae insulas fieri non legimus»⁴⁹.

C. Resulta curioso que Dicuil no haga hincapié en el hecho de que Hibernia y Britania sean islas para detenerse en su descripción, como hiciera cualquiera de los autores que le sirvieron como guía en su trabajo. Dedicó poca extensión a las islas que rodean Hibernia y Britania, quizás porque se trataba de islas pequeñas o muy pequeñas o porque la sola mención a que vivió en algunas de ellas, las del norte, era suficiente información para confirmar su existencia. Sobre otras —dice Dicuil— obtuvo los detalles de sus lecturas. Suponemos que entre estas islas se encuentran las Orcadas e ignoramos por qué el irlandés no las menciona por su nombre, puesto que una de sus fuentes, Isidoro de Sevilla, había dicho de ellas que eran un número de treinta y veinte se hallaban desiertas⁵⁰:

⁴⁷ Vid. BELLO JIMÉNEZ (2005); y ANTELO (1993), pp. 576-577.

⁴⁸ HOWLETT (1999), pp. 127-134.

⁴⁹ DICUIL. *Liber de mensura*, VII, 6.

⁵⁰ ISID. orig. 14, 6, 5. Sin embargo, por su nombre aparecen ya mencionadas en Tácito. Vid. TAC. agr. 10: «Hanc oram nouissimi maris tunc primum

«Circum nostram insulam Hiberniam sunt insulae, sed aliae paruae atque aliae minimae. Iuxta insulam Britanniam multae, aliae magnae, aliae paruae, aliae mediae. Sunt aliae in australi Mari et aliae in occidentali, sed magis in parte circii et septentriones illius abundant. In aliquibus isparum habitauit, alias intraui, alias tantum uidi, alias legi»⁵¹.

D. A Thule, la última isla del océano, dedica un espacio mayor y por ello nos gustaría insistir en varios puntos. Por un lado, el texto de Dicuil es muy importante para la cosmografía medieval, pues es la primera identificación de esta isla —¿la actual Islandia?— con la Thule de Pyteas, evocando, de este modo, la interesante expedición del marinero marsellés del siglo IV a. C. que bordeó la Península Ibérica y recorrió la costa angloes-cocesa hasta llegar a Thule después de seis días de navegación desde Britania.

«Plinius Secundus in cuarto libro edocet quod Pytheas Masi-lensis sex dierum nauigatione in septentrionem a Britannia Thilen distantem narrat»

Ciertamente, estas imágenes concuerdan con la exposición que Plinio había efectuado del viaje de Pyteas, pero Dicuil insiste, además, en la ubicación de esta isla, y alude a que Prisciano la situaba a mar abierto⁵², lo cual es una verdadera innovación en un tipo de navegación que no se alejaba de la costa.

El autor irlandés realiza a continuación una observación precisa en torno al fenómeno que se produce cuando el sol no se pone, sino que sólo se acerca al horizonte en la medianoche. El efecto ocurre durante el tiempo del solsticio de verano para estas latitudes que disfrutan de días enteros de luz. Ello confirma la tradición obtenida de Plinio, para quien durante los días del solsticio de verano en que el sol se acerca más al polo, estas zonas tienen seis meses seguidos de día y durante el de invier-

Romana classis circumuecta insulam esse Britanniam adfirmavit, ac simul incognitas ad id tempus insulas, quas Orcadas uocant, inuenit domuitque».

⁵¹ DICUIL. Liber de mensura, VII, 6.

⁵² DICUIL, Liber de mensura, VII, 7-10. Se sirve para esto de la *Periegesis* de Prisciano y la contrapone a la *Collectanea* de J. Solino a la que proporciona la mayor fiabilidad en su claridad.

no, cuando se aleja en sentido opuesto, hay otros seis meses de noche continuada⁵³.

«Trigesimus nunc annus est a quo nuntiauerunt mihi clerici qui a kalendis Febroarii usque kalendas Augusti in illa insula manserunt quod non solum in aestiuo solstitio sed in diebus circa illud in uespertina hora occidens sol abscondit se quasi trans paruulum tumulum, ita ut nihil tenebrarum in minimo spatio ipso fiat, sed quicquid homo operari uoluerit uel peduculos de comisia abstrahere tamquam in presentia solis potest. Et si in altitudine montium eius fuissent, forsitan numquam sol absconderetur ab illis. In medio illius minimi temporis medium noctis fit in medio orbis terrae, et sic puto e contrario in hiemali solsticio et in paucis diebus circa illud auroram in minimo spatio in Tyle apparere quando meridies fit in medio orbis terrae»⁵⁴.

Sin embargo, esto nos permite enlazar con otro aspecto reseñable de este libro VII. Éste tiene que ver con el poblamiento de esta isla, si aceptamos la identificación de Thule con Islandia: Dicuil señala que está siempre desierta: «De eadem semper deserta» y ello quiere decir que no existía en ese momento una vecindad que le diera la posibilidad de exponer con certeza que estuviera habitada. Se establece como fecha de introducción del cristianismo en esta isla el año 981⁵⁵, pero el *Liber de mensura* contiene la mención real más antigua referida a residencia de eremitas en Islandia, el año 795 o antes, al menos treinta años antes de la redacción de este párrafo anterior. De este modo, relata, como hemos visto antes, que en ese año unos compañeros suyos, *clerici*, le contaron que habían permanecido en esta isla desde los primeros días de febrero hasta los primeros días de agosto coincidiendo con el buen tiempo y los días largos (*a kalendis febroarii usque kalendas Augusti in illa insula manserunt*)⁵⁶. Sin embargo, estos monjes si-

⁵³ PLIN. nat. 2, 75, 186-187: «...id quod cogit ratio credi, solstiti diebus accedente sole propius uerticem mundi angusto lucis ambitu subiecta terrae continuos dies habere senis mensibus noctesque e diuerso ad brumam remoto. Quod fieri in insula Thyle Pytheas Massiliensis scribit, sex dierum nauigatione in septentrionem a Britannia distante».

⁵⁴ DICUIL, *Liber de mensura*, VII, 11-12.

⁵⁵ Vid. MCORMACK (1994).

⁵⁶ Esto coincide con la época de navegación que indica PLIN. nat. 2, 122, para quien a partir del día 8 de febrero el tiempo se suaviza y la primavera que se acerca abre los mares a los navegantes.

guieron aún más al norte, pues especifican que desde este lugar al mar congelado sólo hay un día de navegación (*Sed nauigatione uinius diei ex illa ad boream congelatum mare inuenerunt*)⁵⁷.

E. Dicuil continúa en esta parte del *Liber de mensura* su aportación más exhaustiva y personal. Señala que más al norte de Britania hay otras islas. De éstas proporciona unos datos muy valiosos para la navegación de estos tiempos: primero, que si la travesía se realiza en un barco de vela estas islas se encuentran a dos días y dos noches desde Britania, y segundo, con un navío de remos y en época estival una sola persona puede hacer el trayecto en dos días y una noche.

«Sunt aliae insulae multae in septentrionali Britanniae oceano quae a septentrionibus Britanniae insulis duorum dierum ac noctium recta nauigatione plenis uelis assiduo feliciter uento adiri quaeunt. Aliquis presbyter religiosus mihi retulit quod in duobus aestiuis diebus et una intercedente nocte nauigans in duorum naucula transtrorum in unam illam introiuit»⁵⁸.

Este archipiélago, sobre el que Dicuil insiste en que no aparece referido por ningún autor anterior, estuvo habitado durante casi cien años por eremitas irlandeses, pero a finales del siglo VIII o principios del IX se encontraba ya despoblado a causa de los ladrones normandos. En ese momento sólo vivían allí ovejas y distintas aves marinas.

«Illae insulae sunt aliae paruulae, fere cunctae simul angustis distantes fretis; in quibus in centum ferme annis heremitaie ex nostra Scottia nauigantes habitauerunt. Sed sicut a principio mundi desertae semper fuerunt ita nunc causa latronum Normannorum uacuae anchoritis plenae innumerabilibus ouibus ac diuersis generibus multis nimis marinarum auium. Numquam eas insulas in libris auctores memoratas inuenimus»⁵⁹.

A través de estos textos de Dicuil queda claro que los navegantes de los siglos VIII y IX se hacían a la mar gracias a sus conocimientos tradicionales, esto es, sobre todo en verano, con

⁵⁷ DICUIL, *Liber de mensura*, VII, 13.

⁵⁸ DICUIL, *Liber de mensura*, VII, 14.

⁵⁹ DICUIL, *Liber de mensura*, VII, 15.

el sol de medianoche, dirigidos por la estrella polar y siguiendo la costa. Pese a los condicionantes que imponía la época, los marineros del Norte de Europa llegaron a Canadá sin hacer uso de la brújula, cosa que, por otro lado, no habría sido de gran utilidad en estas latitudes del norte debido a que la desviación magnética es muy grande.

5. CONCLUSIONES

Dicuil fue un monje anticipado a su tiempo que vivió un momento de cambio, porque tuvo conocimiento de los autores clásicos y de los archipiélagos atlánticos, dos elementos muy importantes en su formación y en la redacción de su obra. Interesado por la incorporación de la Iglesia a nuevos lugares, viajó y, sobre todo, leyó información científica transmitida desde la Antigüedad, y ello le permitió la composición de su *Liber de mensura orbis terrae*. Este deseo de expansión de los monjes eremitas irlandeses es el mismo que tuvieron muchos navegantes, aventureros que se atrevieron a transitar el Atlántico Norte sin poseer ningún otro elemento para determinar su posición y fijar su longitud y latitud en el mar que los que habían recibido de la navegación tradicional antigua.

El texto de Dicuil demuestra que fue un buen compilador que se sirvió y copió de sus fuentes sin ofrecer muchos datos nuevos, salvo en lo que se refiere a algunos apartados del libro VI y sobre todo del libro VII. En ellos se encuentra la revisión de lo que el autor vio en persona con contribuciones muy valiosas y de interés. Es, en este sentido, en el que hay que valorar este tratado, pues la literatura de la época ofrece datos tan inexactos de todas estas islas que poco o nada tienen que ver con la realidad. Por eso trabajos como éste sirvieron de referencia tan grande a los cartógrafos a la hora de representar mapas y estimar distancias. No obstante, la repercusión posterior de esta obra es escasa, porque el contenido del relato de un viaje por las tierras casi desiertas y heladas del Atlántico Norte no interesaba al navegante para aventurarse e iniciar una nueva ruta de expansión, sino más bien al contrario.

Sin embargo, si la información proporcionada por Dicuil no resultaba relevante desde un punto de vista práctico, él y su texto latino son el eslabón que vincula la navegación de la Alta y la Baja Edad Media. En consecuencia, su *Liber de mensura* debe tenerse en cuenta a la hora de valorar la trascendencia de los textos bajomedievales que beben en su mayor parte de las mismas fuentes que el autor irlandés. Después de Dicuil llegamos a un período, la Baja Edad Media, en el que los archipiélagos atlánticos salen del anonimato de la cartografía y forman parte de los lugares geográficos identificados y conocidos.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ANTELO IGLESIAS, Antonio (1993): «El Atlántico en la historia y la leyenda», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, pp. 573-586.
- BABCOCK, William (1922): *Legendary Islands of the Atlantic*, Nueva York, American Geographical Society.
- BALARD, Michel (1988): *L'Europe et l'Océan au Moyen Age. Contribution à l'Histoire de la Navigation. Société des Historiens Médiévistes de l'Enseignement Supérieur (Nantes 1986)*, Nantes, Cid Editions.
- BELLO JIMÉNEZ, Víctor M. (2005): *Allende las columnas. La presencia cartaginesa en el Atlántico entre los siglos VI y III a. C.*, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart.
- BERMANN, Werner (1993): «Dicuils De mensura orbis terrae», en BUTZER, Paul Leo - LOHRMANN, Dietrich (eds.), *Science in Western and Eastern civilization in Carolingian times*, Basilea-Boston-Berlín, Birkhauser Verlag, pp. 525-537.
- BERTELLI, Timoteo (1868): «Sopra Pietro Peregrino di Maricourt e la sua epistola de magnete. Memoria Prima», *Bullettino di Bibliografia e di Storia delle scienze matematiche e fisiche* I, pp. 1-32.
- BERTELLI, Timoteo (1868): «Sulla epistola di Pietro Peregrino di Maricourt e sopra alcuni trovati e teorie magnetiche del secolo XIII. Memoria seconda», *Bollettino di bibliografia e di storia delle scienze matematiche e fisiche*, pp. 65-139 y 319-420.
- BIELER, Ludwig (1965): «The text tradition of Dicuil's *Liber de mensura orbis terrae*», *Proceedings of the Royal Irish Academy* 64, pp. 1-31.
- CORMACK, Margaret (1994): *The Saints in Iceland. Their Veneration from the Conversion to 1400* (Subsidia Hagiographica 78), Bruselas, Societè des Bolandistes.
- ESPOSITO, Mario (1905): «Dicuil, an Irish monk in the Ninth Century», *Dublin Review*, 137, pp. 327-337.
- ESPÓSITO, Mario (1914): «An Irish Teacher at the Carolingian Court: Dicuil», *Studies* 3, pp. 651-676.

- GIRÓN IRUESTE, Fernando (1994): *Historia de la ciencia y de la técnica. Oriente islámico medieval*, Madrid, Akal.
- GONZÁLEZ MARRERO, José Antonio (1995): *Introducción, edición crítica y traducción de la Nauigatio Sancti Brendani*, La Laguna, Universidad de La Laguna.
- GONZÁLEZ MARRERO, José Antonio (1999): «Los santos viajeros: ¿precursores de Colón en América», en ÁLVAREZ MORÁN, María Consuelo - IGLESIAS MONTIEL, Rosa María (eds.), *Contemporaneidad de los Clásicos en el umbral del Tercer Milenio. Actas del Congreso Internacional Contemporaneidad de los Clásicos. La tradición greco-latina ante el siglo XXI (La Habana, 1 a 5 de diciembre de 1998)*, Murcia, Universidad de Murcia, pp. 571-578.
- GONZÁLEZ MARRERO, José Antonio – LILLO REDONET, Fernando (2004): *A viaxe de San Brandán*, Santiago de Compostela, Toxoutos.
- HARLEY, J. Brian – WOODWARD, David (1987), *The History of Cartography I*, Chicago, University of Chicago Press.
- HEALY, John (1889): «Ancient Irish Scholars: Dicuil the Geographer», *IER* 3rd ser. 10, pp. 203-213.
- HÉBERT, Élisabeth (2004), *Instruments scientifique à travers l'Histoire*, París, Ellipses.
- HOWLETT, David R. (1999): «Dicuil on the Islands of the North» *Peritia* 13, 1999 pp. 127-134.
- KAPPLER, Claude (1986): *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid.
- KISH, George (1980): *La Carte, image des civilisations*, París, Editions du Seuil.
- KUPCIK, Ivan (1981): *Cartes géographiques anciennes*, París, Gründ.
- LAWRENCE, Clifford Hugh (1999): *El monacato medieval. Formas de vida religiosa en Europa Occidental durante la Edad Media*, Madrid, Gredos.
- LETRONNE, Antoine Jean (1814): *Recherches géographiques et critiques sur le livre De mensura orbis terrae*, París, Germain Mathiot Libraire.
- LINAGE, Antonio - GONZÁLEZ BUENO, Antonio (1992): *Historia de la ciencia y de la técnica. El occidente medieval cristiano*, Madrid, Akal.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos (1992): *Canarias en la mitología: historia mítica del archipiélago*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos (1996): *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento: nuevos aspectos*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos (2002): *Las Islas Canarias en la Antigüedad Clásica: mito, historia e imaginario*, La Laguna, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos (2006): «Las Islas Afortunadas en la Edad Media», *Cuadernos del Cemyr* 14, pp. 55-78.
- MILLÁN LEÓN, José (2000): «Las navegaciones atlánticas gadiritas en época arcaica (ss. VIII-VII a.C.): Cerne y las Cassitérides», en BARTHELEMY, Manuela – AUBET SEMMLER, María Eugenia (coords.), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. 2, Cádiz, Universidad de Cádiz, pp. 859-867.

- MOLINA MOLINA, Ángel Luis (2000): «Los viajes por mar en la Edad Media», *Cuadernos de Turismo* 5, pp. 113-122.
- MOLLAT DU JOURDIN, Michel – LE GOFF, Jacques (1993): *Europa y el mar*, Barcelona, Crítica.
- MURPHY, Gerard (1928): «Scotti Peregrini», *Studies* 17, pp. 39-50 y 229-244.
- NEEDHAM, J. (1978): *De la ciencia y la tecnología chinas*, México, Siglo XXI.
- ORLANDI, Giovanni (1968): *Nauigatio Sancti Brendani*, Vol. 1, Milán-Varese, Istituto editoriale Cisalpino.
- PARTHEY, Gustav (1870): *Dicuili Liber de mensura orbis terrae*, Berlín.
- PLUMMER, Charles (1968), *Vitae Hiberniae Sanctorum*, 2 vols., Dublín, Four Courts Press.
- RICKER, H. H. III (2005): *A history of magnetism*, <http://www.wbabin.net/science/rickerp.pdf>: «The discovery of the magnetic compass and its use in navigation» (cap.4: <<http://www.wbabin.net/science/ricker4.pdf>>, en *GSJ-The General Science Journal*, n.º 25 (jul.).
- SANTANA SANTANA, Antonio; ARCOS PEREIRA, Trinidad; ATOCHE PEÑA, Pablo; MARTÍN CULEBRAS, José (2002): *El conocimiento geográfico de la costa noroccidental de África en Plinio: la posición de las Canarias*, Hildesheim-Zúrich-Nueva York, Georg Olms Verlag.
- TEJERA GASPAS, Antonio - CHÁVEZ ÁLVAREZ, María Esther - MONTESDEOCA, Marian (2006): *Canarias y el África Antigua*, La Laguna, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- TIERNEY, James (1967): *Dicuili Liber de mensura orbis terrae*, Dublín, Dublin Institute for Advanced Studies.
- VERNET, Juan (1979): «La navegación en la Alta Edad Media», en VERNET, Juan (ed.), *Estudios sobre Historia de la Ciencia Medieval*, Barcelona, pp. 383-448.
- WALCKENAER, Charles Athanase (1807): *Dicuili liber de mensura orbis terrae ex duobus codd. Mss Bibliothecae Imperialis*, París, Firm. Didot.
- WRIGHT, Thomas (1857): *A Volume of Vocabularies*, Nueva York, Joseph Mayer, Esq., F.S.A., etc.
- WRIGHT, Thomas (1863): *Alexander Neckam. De naturis rerum*, Londres, Longman, Roberts and Green.
- ZUMTHOR, Paul (1994), *La medida del mundo. Representación del mundo en la Edad Media*, Madrid, Cátedra.